

## ULPIANO AYALA: EL SER QUE YO CONOCÍ

Alejandro Sanz de S.<sup>1</sup>

Bogotá, Octubre, 2002

Ví a Ulpiano por primera vez en enero de 1962, cuando entramos juntos a estudiar ingeniería en la Universidad de los Andes. Durante 1962 y 1963 fuimos compañeros de promoción, pero no coincidimos en casi ninguna de las secciones a que fuimos asignados en cada curso. Por eso quizás no desarrollamos desde entonces una amistad personal. En enero de 1964 hice transferencia a otra universidad. No lo volví a ver hasta agosto de 1978 cuando, acabando de terminar mis cursos de doctorado en la Universidad de Massachusetts, ingresé como profesor a la Facultad de Economía de los Andes. Ahí estaba Ulpiano, convertido ya en una gran figura como profesor y como investigador, tanto dentro como fuera de la Facultad y la Universidad.

Mis estudios doctorales en Umass se habían concentrado en el pensamiento teórico de Marx, profundizando en varias de las innumerables corrientes o escuelas que en esa época (1976-1978) luchaban encarnizadamente por prevalecer dentro del marxismo a nivel mundial. Cuando llegué a la Facultad, Ulpiano estaba sumergido, con Nohra Rey de Marulanda, en la elaboración del informe de un gran proyecto de investigación que habían concebido y realizado entre los dos: *Empleo y Pobreza en las Grandes Ciudades Colombianas*. Desde antes de conocer a fondo este trabajo pude percibir su audacia, su envergadura

y sus alcances, tanto en la dimensión teórica como en la empírica. *Empleo y Pobreza* es el esfuerzo investigativo más serio que se ha hecho, entre los que he conocido, para relacionar rigurosa y coherentemente, tanto a nivel conceptual como empírico, 1) planteamientos teóricos muy abstractos con las condiciones más concretas de la vida cotidiana de los trabajadores y sus familias, y 2) estas condiciones cotidianas concretas con las dinámicas más estructurales de la economía que contribuyen a engendrarlas y reproducirlas. Para mí fue entonces una verdadera fortuna llegar como profesor a una Facultad en la que se estuviera haciendo la aplicación práctica más seria, rigurosa y profunda que he conocido de la teoría marxista al estudio del problema del empleo y la pobreza.

Le escuché a Ulpiano muchas veces presentaciones muy detalladas sobre cómo se había realizado la investigación y sobre los resultados más destacados que de ella se habían obtenido. Pero después de cada presentación tenía que volver a los extensos y detallados textos en los que se estaba dejando exhaustivamente documentado todo el proceso. En este ir y venir entre escuchar sus exposiciones y releer sus textos fui comprendiendo y asimilando la magnitud del trabajo y de sus implicaciones. Fue un desafío a la vez angustioso y excitante para mí: angustio-

---

<sup>1</sup> Profesor de la Universidad de los Andes.

so porque, después de dos años de estar dedicado a estudiar a Marx con una gran intensidad y dedicación, esta investigación me demostraba mi ignorancia sobre el tema; y excitante por la invaluable oportunidad de aprendizaje que me ofrecía. Lo que *Empleo y Pobreza* me enseñó sobre economía en general, y sobre la teoría de Marx en particular, fue, en numerosas dimensiones, mucho más valioso e importante que lo aprendido en los dos años de estudio en Umass.

Durante los ocho años que estuve al lado de Ulpiano en la Facultad quise mantenerme tan cerca como fuera posible de su trabajo, tanto en los cursos que dictaba como en los proyectos de investigación que tuvo a su cargo<sup>2</sup>. Fue mucho lo que le aprendí sobre Marx y el marxismo, sobre economía, sobre política, sobre historia, sobre literatura, y sobre muchas otras disciplinas. Pero con todo lo que le aprendí en tantos campos del *saber*, no fue este el legado más valioso que Ulpiano me dejó: fue en las dimensiones humanas más hondas, reales y significativas del *ser*. Esto es lo que quiero mostrar en estas líneas que tan honrosamente se me solicitó escribir como parte del merecido homenaje que se le quiere rendir.

Quienes estuvimos cerca de Ulpiano durante sus años como investigador en la Facultad de Economía conocimos las duras encrucijadas que tuvo que enfrentar en los valiosos trabajos que

realizó, y la valentía con que lo hizo. La amplitud y profundidad de los propósitos que él siempre quería lograr con cada una de sus investigaciones, junto con el carácter tan innovador y creativo de todo lo que hacía, conllevaban siempre, irremediablemente, una gran incertidumbre con respecto al *tiempo* que le tomaría su ejecución. El tiempo que él estimó resultó ser, en todos los casos que conocí, mucho menor que el que finalmente necesitó. La demora que esto conllevaba en la entrega de los informes le imponía unas presiones que yo no hubiera resistido; pero él las soportó con gran estoicismo y abnegación. Fui testigo directo de la firmeza y el valor con que se mantenía trabajando para lograr los propósitos investigativos que él mismo se imponía, a pesar de que el camino más fácil y cómodo hubiera sido ceder a estas presiones y entregar lo que alcanzara a tener dentro de los límites de tiempo establecidos en los contratos. Pero para Ulpiano sacrificar avances investigativos para evitar las presiones que engendraban estos retrasos hubiera sido una grave falta contra la seriedad y el compromiso que, en su visión de las cosas, un investigador tenía que tener frente a los desafíos nuevos e imprevisibles que tienen que surgir en toda verdadera investigación. Sólo quienes hemos tenido la oportunidad de *vivir* estas encrucijadas estamos en capacidad de comprender la entereza y el valor que se requieren para hacerles frente en la forma que

---

<sup>2</sup> Durante sus años en la Facultad, Ulpiano mantuvo una aproximación marxista en sus actividades investigativas. Siempre pensé -aunque esto nunca lo hablé explícitamente con él- que lo que lo indujo a hacerlo fue la convicción de que con esta aproximación podría arrojar luces muy valiosas y útiles sobre muchos problemas sociales y económicos que ninguna otra teoría le permitiría aportar. Pero nunca lo vi aferrándose terca y dogmáticamente a una teoría. Siempre fue firme y severo en sus convicciones, pero jamás cerrado a considerar opciones distintas a las que profesaba. Como investigador siempre echaba mano de todas las herramientas conceptuales que le permitieran entender mejor qué factores estaban generando las situaciones sociales y económicas que lo mantenían inconforme para contribuir a transformarlas. Si en algo fue un marxista en sus actividades como investigador fue en su convicción de que el conocimiento no podía ser solamente para entender la realidad: ¡tenía que ser también, y principalmente, para transformarla!

Ulpiano siempre lo hizo. Esta fue una de las grandes lecciones humanas que, sin proponérselo, él me dejó.

El ambiente institucional que se vivió dentro de la Facultad durante esos ocho años que trabajamos juntos estuvo siempre atravesado por un debate teórico, ideológico y político muy fuertemente polarizado en torno a las dos perspectivas conceptuales de la economía que luchaban por prevalecer: la marxista y la neoclásica (esto mismo lo había vivido yo en Umass durante los años 1976-1978). Fue por ello una época de fraccionamientos y tensiones muy fuertes y hondos, no sólo entre quienes nos declarábamos partidarios de una u otra perspectiva teórica, sino también entre quienes suscribíamos en principio "una misma" visión. Pero entre Ulpiano y yo no hubo nunca un distanciamiento ni una confrontación. Siempre estuvimos 'del mismo lado'. No porque nos aferráramos mecánicamente a las mismas posiciones, ni porque alguno de los dos hubiera preferido el camino fácil, pero deshonesto, de renunciar a lo propio para adherir al otro. Si así hubiera sido, nuestra amistad no hubiera podido ser lo que fue. Es fácil caer en esta "falsa solidaridad" cuando la polémica es intensa. Pero entre Ulpiano y yo ocurrió lo contrario: se fue generando el diálogo profundo y sincero que se necesita para que las teorías y las ideologías dejen de obstaculizar el desarrollo de una *comunidad humana* que esté siempre por encima de cualquier "acuerdo" o "desacuerdo" a nivel

del *pensamiento*. Esta fue una de las más grandes lecciones humanas que obtuve de mi amistad con Ulpiano.

Cuando yo llegué a la Facultad el debate era feroz. Las coincidencias ideológicas con Ulpiano nos alinearon desde un comienzo en el mismo "equipo", y participamos juntos muy intensamente en muchos debates dentro y fuera de la Facultad y la Universidad. Durante los primeros dos o tres años ambos fuimos, en nuestros respectivos frentes de trabajo, muy parecidos a esos "gladiadores intelectuales" que se solazan destruyendo con virulencia las argumentaciones de sus contendores. En esas primeras etapas, por fidelidad a la posición marxista que profesábamos, lo fundamental estaba siempre en las *ideas* que nos sentíamos comprometidos a defender en contra de las que, en nuestro sentir, eran portadoras encubiertas de intereses contrarios a los de las clases trabajadoras. Por eso las *personas* con quienes teníamos que controvertir eran, para nosotros, sólo unos "agentes portadores" de las ideas que nos sentíamos en el deber de combatir<sup>3</sup>.

Pero este debate académico no se limitó nunca al contexto abstracto de la economía como disciplina (investigación y docencia): penetró y afectó también las dimensiones administrativas más concretas de la vida cotidiana de la Facultad y de la Universidad. En esta dinámica institucional interna se generaron permanentemente

<sup>3</sup> Esta visión de las cosas guardaba perfecta coherencia con lo expuesto por Marx en el Prefacio de la Primera Edición Alemana de El Capital: "No pinté de couleur de rose (color de rosa) al capitalista y el terrateniente. Pero aquí no se trata de personas, salvo en la medida en que son la personificación de categorías económicas, los puntales de intereses y de relaciones de clases determinadas. Mi punto de vista, según el cual el desarrollo de la formación económica de la sociedad es asimilable a la marcha de la naturaleza y a su historia, puede, menos que ningún otro, hacer responsable al individuo de relaciones de las cuales es socialmente la criatura, haga lo que hiciere por desprenderse de ellas".

tensiones y conflictos en todas las direcciones y dimensiones, que afloraban unas veces en enfrentamientos entre los mismos profesores, otras entre los estudiantes, otras entre profesores y estudiantes, y muchas veces entre todos los anteriores y la administración. Fue un "estado de controversia" en el que lo *académico-disciplinar-ideológico* más abstracto se fue entrelazando cada vez más estrechamente con lo *institucional-administrativo-político* más concreto.

Hoy no tengo duda de que fue gracias a esta rica y desafiante vida institucional cotidiana que pude conocer a Ulpiano en dimensiones de la vida humana que están más allá de "las argumentaciones y los conocimientos intelectuales" en torno a los cuales tienden a circunscribirse las relaciones en la vida académica de las instituciones universitarias. Las actividades tan concretas que tuvimos que desarrollar en torno a los desafíos prácticos e insoslayables que se nos planteaban diariamente en el contexto institucional-administrativo de la Facultad y la Universidad fueron, en mi sentir, las que exigieron, indujeron y promovieron la comunicación personal tan honda y aleccionadora que fuimos desarrollando con Ulpiano<sup>4</sup>. Estos desafíos cotidianos de lo institucional-administrativo fueron los que nos exigieron con más fuerza y claridad cam-

bios muy hondos, tanto en nuestra manera de *pensar* como en nuestra forma de *relacionarnos* con nosotros mismos y con los demás.

Como en las luchas internas -en la Facultad y la Universidad- nos las teníamos que ver obligatoriamente, frente a frente, con las *personas* con quienes controvertíamos (profesores, estudiantes, administradores) -en contraste con las luchas teóricas e ideológicas más abstractas que librábamos en los foros académicos contra *personas* que no tenían presencia alguna en nuestra vida cotidiana-, comenzamos a *sentir y sufrir* en carne propia los efectos tan dañinos y perversos que tenía el deterioro que estas luchas producían en nuestras relaciones cotidianas dentro de la Facultad y la Universidad<sup>5</sup>. Gradualmente fuimos entendiendo que algo teníamos que estar haciendo mal si con nuestras propias luchas por los "ideales" de una vida social mejor terminábamos produciendo unas condiciones tan malas de vida en nuestro contexto institucional cotidiano. Fuimos entendiendo que si no éramos capaces de convertir esos "ideales" teóricos en una *realidad* vivida entre nosotros, que se tradujera en unas relaciones armónicas de crecimiento personal y colectivo en nuestras propias actividades y relaciones cotidianas dentro de la Facultad y la Universidad, no teníamos derecho

---

<sup>4</sup> Entre todas estas actividades, las más importantes fueron las que desarrollamos, con muchos otros profesores, en torno a, y a partir de, la huelga de empleados que estalló en el primer semestre de 1981. Los huelguistas, inspirados e impulsados por la central obrera de orientación comunista que los estaba asesorando, se tomaron las instalaciones físicas de la Universidad, para ser luego pacíficamente desalojados por el ejército. La huelga fue el evento detonante que indujo la conformación de la Asociación Académica de Profesores de la Universidad de los Andes, en la que participamos muy activa y comprometidamente con Ulpiano. La Asociación mantuvo su actividad durante un poco más de cuatro años.

<sup>5</sup> Sólo hasta varios años más tarde vendría yo a encontrarme con las palabras de un gran maestro que, si las hubiéramos conocido en esa época, nos hubieran ayudado mucho: "Los que se aferran a creencias, a promesas utópicas, no se interesan por la gente sino por ideas; y la acción que se basa en ideas tiene inevitablemente que engendrar separatismo y desintegración ...".

a pedir que *los demás* lo hicieran -en el resto del país y en el mundo en general. En otras palabras: si entre nosotros mismos no éramos capaces de *practicar* todo lo que pregonábamos, ¿con qué autoridad moral podíamos luchar para que "otros" lo hicieran? La comprensión de esta verdad elemental nos confrontó con algo esencial: la necesidad de buscarle soluciones prácticas y reales a los problemas sociales concretos cotidianos cuyos dolientes y protagonistas directos ya no eran "otros" (la "clase trabajadora", la "clase capitalista", los "asalariados", los "campesinos", los "desempleados", el "Estado", el "gobierno" de turno, etc.), sino *nosotros mismos*.

Estas experiencias institucionales indujeron un cambio muy hondo en nuestra forma de entender y realizar *todas* nuestras actividades -incluidas las académicas. Mis conversaciones con Ulpiano, en medio de todas estas luchas y controversias, comenzaron a alejarse de las argumentaciones abstractas que necesitábamos para "ganarle" a nuestros contrincantes, para centrarse cada vez más en torno a lo que teníamos que comprender, sin enjuiciar, sobre las *personas* con quienes interactuábamos diariamente y de quienes, con estas controversias, nosotros mismos nos habíamos distanciado tanto.

Fue en esta evolución de nuestras luchas institucionales cotidianas que pude ver más claramente ese *ser* tan sensible, humilde, amoroso y generoso que se escondía detrás del "gladiador intelectual implacable" que originalmente conocí en Ulpiano. Esta fue otra de las lecciones más profundas y valiosas que recibí de mi amistad con él.

Con esta apretada referencia a algunas de mis experiencias con Ulpiano espero haber dejado claro el mensaje que aquí quiero transmitir:

lo más valioso para mí no fue su impresionante formación académica, ni sus extraordinarios conocimientos, ni su inmensa capacidad como investigador, ni su prodigiosa inteligencia; fue el *espíritu* que lo inspiró siempre para la realización de todos sus trabajos: esa sensibilidad humana que lo empujaba a trabajar sin descanso para desentrañar las relaciones existentes entre las condiciones en que se encontraban las gentes más oprimidas por carencias y maltratos, y las dinámicas más estructurales de la cultura y las relaciones económicas que habían contribuido a crearlas, mantenerlas y reproducirlas.

## Una nota final

Desde 1986, cuando Ulpiano se retiró de su posición como profesor de tiempo completo en la Universidad, perdí para siempre el contacto tan íntimo y profundo que tuve con él durante los ocho años anteriores. Pero el camino que he recorrido desde entonces, tanto en mi carrera académica como en mi desarrollo personal, no se hubiera dado sin todo lo que me enseñó estar a su lado durante esos años.

Quedaré siempre con la inconformidad de no haber tenido la oportunidad de compartir con él la transformación tan honda y radical que se ha dado en mí en los dieciseis años que han transcurrido desde que él salió de la Universidad. Este cambio ha sido a la vez causa y consecuencia de haberme dedicado en cuerpo y alma a investigar y comprender los problemas tan graves y hondos que estamos creando con la "educación" que estamos dando en escuelas, colegios y universidades.

Esta investigación me ha mostrado que el mayor daño que hace esta "educación" tiene su

origen en que las relaciones educador-educando esten tan radicalmente limitadas al *saber* que unos deben "enseñar" y otros "aprender". Esta tiranía del *saber* en las relaciones educativas ha ido atrofiando el *ser* de la persona única que es cada uno de los profesores y los estudiantes. Es evidente entonces la inextricable conexión que hay entre los resultados de mis investigaciones en educación y el cuadro que he intentado delinear aquí sobre lo que fue la evolución de mi amistad con Ulpiano: lo que la educación no hace hoy para el florecimiento del *ser* de las personas fue, precisamente, lo que Ulpiano y yo logramos construir en nuestra relación.

Sobre el papel que han jugado y siguen jugando el *pensamiento* y los *conocimientos* (el *saber*) en la educación, hace más de dos años escribí yo:

Con el desarrollo del capitalismo, en occidente hemos llegado a sobrevalorar el *pensamiento* y los *conocimientos* hasta extremos muy dañinos. El progreso en la ciencia y el desarrollo tecnológico<sup>6</sup>, que son las realizaciones más impresionantes y visibles del pensamiento y los conocimientos, nos han deslumbrado hasta tal punto, que en muchas dimensiones de la vida social hemos terminado poniendo la vida humana, individual y social, al servicio del desarrollo tecnológico y el progreso material, en lugar de mantener a estos últimos al servicio de la primera. Parecería entonces que el pensamiento y los conocimientos que hemos desarrollado tan

prodigiosamente, que han transformado tan profundamente las condiciones materiales de la vida social a través de la ciencia y la tecnología, se han devuelto contra quienes los hemos creado para sojuzgarnos y ponernos a su servicio. Así es como nosotros mismos los hemos convertido en nuestros enemigos.

Durante los últimos catorce años he sido testigo directo de la forma como "educamos" para poner *la vida* de cada uno de nuestros estudiantes al servicio del *pensamiento* y los *conocimientos* que les enseñamos, y no estos al servicio de aquella. Entre más brillante sea un estudiante intelectualmente, mayor el riesgo de que la educación que le damos tenga "éxito" en este propósito. Ulpiano, precisamente por su brillantez, fue sometido a esta presión durante muchos años, como estudiante y como profesor. Pero él no se dejó.

Termino transcribiendo un texto que provee una metáfora perfecta para entender fácilmente la compleja relación que se está dando hoy entre el *ser* y el *saber*:

Consideremos las condiciones de este mundo hace cientos de miles de años. En ese tiempo, el globo era escenario de dos cosas únicamente: por un lado, los volcanes vomitaban lava ardiente, grietas profundas dejaban marcada la superficie de la Tierra; la corriente de destrucción descendía por todos lados, esparciendo el temor y la muerte por las regiones adyacentes, como si

---

<sup>6</sup> La ciencia y la tecnología le han abierto paso a los sorprendentes avances que todos conocemos en las condiciones materiales de vida de los seres humanos. Pero todos conocemos también que estos "avances" han estado acompañados por la vergonzosa desigualdad que con ellos se ha generado en las condiciones de vida concretas de los seres humanos en el planeta.

el fin hubiese llegado. Por otro lado, las moléculas de materia viviente, difícilmente visibles -las microscópicas amebas-, flotaban en las aguas o se aferraban a las grietas entre las rocas, manteniendo segura y bien protegida la chispa de la vida. De los dos mundos, uno brillante y tumultuoso, el otro quieto y recluso, ¿en cuál hubiera usted puesto su fe? ¡En esos tiempos nadie hubiera creído que el futuro dependía de la ameba y esos microorganismos! ¿Quién hubiese previsto que estas partículas diminutas de vida podrían sobrevivir ante la violenta embestida de lava fundida y los cataclismos que agitaban la Tierra? Aquella partícula de vida-conciencia salió triunfante a pesar de todo.

¿En qué forma es este texto una metáfora de la relación entre el *ser* y el *saber* en la educación? Así se lo respondí a unos estudiantes en una ocasión:

Estas "dos cosas únicamente" que formaban el escenario del mundo en ese pasado remoto (la "brillante y tumultuosa" por un lado, y la "quieta

y reclusa" por el otro) son, para mí, una elocuente e iluminante metáfora de lo que nos ocurre hoy a los profesores y los estudiantes en las instituciones académicas que nosotros mismos hemos forjado: por un lado está el *saber* desenfrenado, que correspondería a esa parte "brillante y tumultuosa", a esa "violenta embestida de lava fundida" y a esos "cataclismos" que en esa época "agitaban la Tierra"; y por el otro está el *ser* de cada uno de nosotros, como persona *única y diferente* a todas las demás, que correspondería a esa "partícula de vida-conciencia" que está en nuestro interior, 'quieta y reclusa'.

Ese "*saber* desenfrenado" que hemos convertido en el eje excluyente de nuestras actividades educativas está obstaculizando el florecimiento libre y autónomo del *ser* único que está en potencia en el interior de cada uno de nosotros.

Ulpiano fue, en el campo del *saber*, un verdadero coloso; pero en el campo del *ser*, que ese "saber" mantuvo en él tan oculto, fue -para mí- aún más valioso.